

¿QUÉ SON LOS CAMINOS INVISIBLES?



La visión de recorrer Sudamérica a dedo por sus caminos más vírgenes cayó como una baraja de tarot el día en que sellamos nuestro pacto de amor y nomadismo en los Valles Calchaquíes. Acabábamos de conocernos. Además de nuestras mochilas, *La maga* y *El salmón*, no poseíamos más que el título de propiedad del horizonte y un presupuesto de siete dólares diarios. Nos esperaba un territorio mestizo, vasto, capaz de hablar el español, el quechua o el wayuunaiki, una tierra indescifrable como un textil andino donde las identidades embrujan corazones en una danza análoga a sus cordilleras, selvas y costas. Continente versátil que se cura con aspirinas o plantas sagradas y se besa furtivamente en los bastiones de la muralla de Cartagena o en los escalones de una terraza de cultivo inca. ¿Cuántas Sudaméricas había? ¿Cuántos sudamericanos posibles?

Lo esencial es invisible a los ojos, y también a los itinerarios turísticos. Lejos de las grandes ciudades y de los íconos

como Machu Picchu o Montañaíta, yace otra Sudamérica. Abordar sus caminos invisibles implicaba avanzar por trochas, rutas de ripio, carreteras secundarias, senderos prehispánicos y —lo sabríamos más tarde— ríos enmarañados. Sentíamos el desafío voluntario —y no la misión, que es cosa de santos— de desplegar el movimiento agazapado en nuestro pulso para hallar los últimos refugios de la mística, y de incluir con palabras las realidades marginales que se vivían en las comunas de Cali o en la espesura amazónica en la que centelleaban los shuar. Quizás las voces menos escuchadas del continente nos ayudarían a reconstruir su alma metamórfica, una *wiphala*¹ cuyas astillas había que rastrear conversando con artistas de hip hop, recolectores de café, camioneros o chamanes.

Apropiarse de toda esa diversidad exigía estirar nuestro mapa mental de Sudamérica, animarse a dejar huellas en sus helados confines antárticos y catapultarse del otro lado del Amazonas hasta países ignorados como Surinam o la Guayana Francesa. Teníamos un plan de viaje pero, más que nada, dejaríamos que nuestro olfato, el constante escudriño de los mapas y las invitaciones de la gente tuvieran la última palabra.

Por último, el viaje sería un laboratorio, una apuesta a todo o nada por conjugar los verbos viajar, amar y escribir. Sudamérica sería el primer continente que recorreríamos juntos, ensayando un estilo de vida que soñábamos desde que éramos nómadas solitarios. Sin jefes, ni oficinas, ni sueldos: viviríamos exclusivamente de nuestra escritura. Viajar nos mostraría un mundo fabuloso sobre el cual escribir; los libros que amasaríamos serían nuestro pan de cada día para continuar el propósito —ahora compartido— de dar la vuelta al mundo a dedo. Una alquimia bicicleta: de los pasos a las letras y viceversa. Si lo lográbamos en

¹ En quechua, bandera

Sudamérica, ¿quién podría decirnos que dejáramos de pensar en el mundo entero?

Este libro es el resultado de ese experimento. Más que una guía de viajes, es un bestiario de crónicas sobre la hospitalidad y la personalidad de nuestro continente. Es también la bitácora de aquel aprendizaje personal, la crónica de dos locos que jugaron seriamente como niños y se inventaron nuevas reglas. Ojalá sea el primer episodio de una aventura inconclusa. El resto del mundo nos sigue esperando. Quizás ya estemos allí mientras lees estas líneas...

Confiamos en que sus páginas sean un puente. Que, del otro lado, arriesgues los pasos cómplices y nos acompañes por la Sudamérica insospechada pero, fundamentalmente, que inicies tu propio viaje.

Buena lectura, buenos caminos invisibles.

A bordo del *Dos Irmaos*, Río Madeira, Brasil, mayo de 2012